

DE BUENAS LETRAS

Astérix en el Amazonas

JOSÉ VICENTE PASCUAL De la Academia de Buenas Letras de Granada

Cuanto más pequeña la aldea, más poderoso el mundo. Y si el mundo está organizado como «un lugar llamado mundo», entonces no hay polémica: la identidad de los pueblos no es parapeto ante la desnaturalización sino un requisito sustancial en el puzle planetario unificado. El ‘pueblo’ es la puerta a la que hay que llamar para que los individuos abracen el nuevo testamento capitalista: trabaja, consume y muere. La ventaja: que los parias de la tierra serán felices, los valientes garlos morirán con las arterias atascadas por el ‘garum’ romano y el exceso de vino Siracusano, contentos porque su aldea irreductible se seguirá llamando ‘patria’. El nombre es lo último que se pierde.

Hace años, un escritor español, viajero por Brasil, reconocía su estupor al encontrar una lata de Coca Cola en un regato del Amazonas, en un rincón perdido, inaccesible –o casi–, de aquella frondosa excepción verde del planeta. Tampoco le resultó indiferente la novedad de que un indio yanomami le saliera al paso en las inmediaciones de su poblado, arco y flechas en mano y ataviado cómodamente con una camiseta futbolera de Cristiano Ronaldo. Que el mundo se haga pequeño no es malo,

aunque estén por demostrarse las ventajas del achatamiento; lo malo es que se hace igual en todas partes. Los pueblos de la tierra son razas distinguidas por su relación con el consumo y la publicidad. El sueño global no genera monstruos, pero crea esperpentos en cada rincón del patio.

Como todo está inventado, hay un antídoto contra la muerte de los pueblos y el espíritu de las civilizaciones. Los liberales decimonónicos le pusieron por nombre ‘nación’ mientras que los tradicionalistas lo llamaban ‘pueblo’, aunque todos se referían a la misma entidad: la comunidad histórica, legataria de un pasado auto-generador y vinculada por ‘voluntad de ser’ a un futuro donde el progreso sean ellos mismos, no una lata de Coca Cola navegando por las aguas nunca tranquilas y nunca del todo limpias de los grandes ríos que van a la mar, que es desaparecer: la nada histórica.

No tengo muy claro si hoy, tal como está el asunto, sea hora buena para la identidad. Lo que parece inevitable, si queremos sobrevivir al arreón globalizante, es que la hora de ‘ser’ llegó hace mucho, aunque otros muchos muchísimos no se hayan dado cuenta o no hayan querido enterarse.